

5 - Ussel, ciudad histórica. Recorriendo las gargantas de la Dordogne: Vistas desde Site de Saint Nazaire. Lac de la Triouzoune y villa de Neuvic. Panoramas desde la presa Marèges a Bort les Orgues. Paisajes en Belvédère de Gratte-Bruyère y Pont de St-Projet. Barrage de L'Aigle y su pequeña aldea Aynes. Autenticidad de Auriac y la Roche-Canillac.

USSEL



Me hallaba en las últimas estribaciones de la meseta de Millevaches, en los límites de Auvernia y Lemosín, la ciudad de Ussel ilustraba el bonito pasado medieval de aquel lejano extremo del Haute Corrèze. Su hermoso conjunto arquitectónico, con un rico pasado histórico, me pareció una ciudad de carácter y encanto. Sería la más grande, (capital del Haute Corrèze y 18.000 habitantes) que visitaría en este viaje, pero por su proximidad a los bosques intactos y a los senderos la convierten en un lugar agradable y lleno de atractivos .

Un calor intenso flotaba sobre la ciudad, como un manto sofocante, caminaba despacio y al azar por sus plazas y tranquilas calles peatonales. Me encantaba el avanzar sin rumbo, en este mosaico de edificios del viejo Ussel, para explorar el conjunto urbano de la ciudad y descubrir sus numerosas casas burguesas de los siglos 15 al 18.







Mansiones antiguas con torres y torreones, elegantes residencias renacentistas de los siglos 16 y 17. Fuentes y fachadas notables, olores de sus comercios y mercados por callejuelas que se hacían cada vez más estrechas.

La casa de los duques de Ventadour del s.16 era un bellissimo y elegante edificio renacentista construido con piedras del antiguo castillo. La torre de Soubise s.14 y 15. El hotel Bonnot de Bay del s.18. La casa Moncourier-Beauregard. La casa sacerdotal del s.17. La iglesia de Saint Martin con coro y ábside románico del s.12, y que no pude visitar por un funeral, o la capilla de los Penitentes azules del s.15 que estaba cerrada.

Al marchar de Ussel abandonaríá la meseta de Millevaches para internarme en los abruptos parajes de las gargantas de La Dordogne y sus afluentes.











SITE DE SAINT NAZAIRE



Era un día de verano espectacular, sin una gota de aire y bajo el sol del medio día, y el calor era intenso cuando enfilé la carretera serpenteante que cruzaba Millevaches, en dirección a Les Gorges de la Dordogne. La ruta empezó a ascender, dejé el valle para adentrarme en el bosque y la carretera se fue haciendo más verde, mas cerrada, y trajo un poco de frescor a aquella tarde veraniega.

Siguiendo las indicaciones del "Site de Saint Nazaire" llegué al aparcamiento. Aquella tarde luminosa me puse la mochila a la espalda y seguí un sendero que descendía por un bosque denso, lleno de sombras oscuras con rayos de sol huidizo, y donde la fragancia de los pinos caldeados por el sol desprendían un fuerte olor a resina. En media hora llegué a la estatua de Saint Nazaire (un promontorio donde una vez estuvieron el pueblo y la iglesia de Saint Nazaire) y poco mas allá un calvario con un mirador. El silencio rodeaba aquel paisaje idílico de alameda esmeralda y una magnífica vista de la Dordogne y las gargantas del Diège que se desplegaban a mis pies.





Les Gorges de la Dordogne es un paisaje salvaje y preservado con altiplanos cortados por un valle muy profundo, bosques hasta donde alcanza la vista cayendo en cascada hacia un río que parece el Amazonas, en una sucesión de panoramas cada uno mas embriagador que el otro. Y sobre todo esa estimulante sensación de estar solo en el fin del mundo.

La leyenda habla de un lugar maldito y amenazador donde Satán, o los malos espíritus, disfrutaban atormentando a los habitantes. Saint Nazaire reúne a los habitantes más atrevidos y sale en procesión al encuentro del Maligno. Satán huyó dejando su marca para siempre en una roca. En cualquier caso, los habitantes de Saint Nazaire acabaron por abandonar el lugar y las casas, junto con la iglesia, desaparecieron progresivamente. Un sacerdote de Saint Julien devolvió a la vida al lugar en 1894 instalando un viacrucis y 3.000 personas vinieron a postrarse ante la estatua de Saint Nazaire. Convirtiéndose en una peregrinación anual.



LAC DE LA TRIOUZOUNE Y VILLA DE NEUVIC



Del "Site de St Nazaire" la carretera continuaba en una sucesión de cuestas que subían y bajaban, volvía a subir y volvía a bajar, siempre rodeado del olor embriagador del verano que se colaba a través de las abiertas ventanillas. Mi objetivo era llegar a otro punto panorámico, el "Puy de Manzago", pero cuando la carretera comenzó su descenso hacia una extensa llanura, me di cuenta que había perdido la ruta en algún momento de la encrespada carretera.

Parado, en aquel lugar, miré fascinado la imagen que me devolvía el paisaje y la serena tranquilidad del aire. Las altas forestas, que me habían acompañado hasta aquí, estaban muy espaciadas, lo que dejaba mucho terreno abierto para que asomase el lago Triouzoune entre granjas, campos, prados y las montañas que, a lo lejos, trazaban el fondo del paisaje.







Continué un poco más, y estacionado en un puente del lac de la Triouzoune me regocijaba ante el grandioso paisaje que se presentaba de una costa repleta de grandes árboles que llegaban prácticamente hasta el agua. Recuerdo que el cielo era muy azul, los árboles silenciosos y el olor del agua era tan intenso y dulce que se sentía contra la piel.

Un poco más allá alcancé la playa de Neuvic, sita sobre el lago de Triouzoune. Con un entorno magnifico, de orillas rodeadas de bosques y pequeñas islas e islotes en el centro, el lago Triouzoune de 410 ha y alimentado por el río del mismo nombre que tiene su nacimiento en la meseta de Millevaches, ofrece multitud de orillas naturales arenosas o verdes. Un lugar clasificado con bandera azul para baños y deportes náuticos, vela, windsurf, canoas, kayaks, o caminar tranquilamente sus orillas durante cómodos paseos por bosques y prados. Pero era sobre todo un lugar turístico y amigable donde hallarse en paz.

El embalse se utiliza para la producción de energía hidroeléctrica gracias a un acueducto subterráneo de más de cinco kilómetros de longitud con un desnivel de aproximadamente 250 metros que envía agua a la central eléctrica de Triouzoune, situada al borde del embalse de la presa del Águila. Presa que visitare al día siguiente.







La población de Neuvic, salvada de la instauración de la presa, se localiza apartada de la playa y es ahora , gracias a la bandera azul, un importante centro de turismo de la región. Neuvic tiene sus fortificaciones, cuyos restos aun pueden verse en la calle más antigua, una puerta fortificada y una iglesia de macizo campanario remodelada en el s.15 tras la destrucción de la Guerra de los Cien años. También la torre de San Mexant del s.16, el castillo de Mialaret del s.19 o el castillo Chambon del s.14.

Paseando por esta pequeña villa, dinámica y agradable, posee un centro antiguo con la rue du Commerce, siendo la más antigua de la ciudad, con calles bordeadas de casas de granito que fueron construidas por familias nobles que abandonaron las incomodidades del castillo rural para vivir en la ciudad y por familias burguesas que ocuparon cargos en la gestión local. Varias plazas ocupaban los espacios públicos. La Place de la Mairie, forma una explanada desde la que se puede disfrutar de una magnifica vista de las montañas de Auvernia y más abajo un conjunto de jardines y fuentes decoradas con estatuas.

Numerosas esculturas y estatuas relataban un periodo de la vida de la ciudad. Unas homenajean a los jóvenes resistentes contra el invasor alemán y La fuente del Pastor, de los años 30, representa a una pareja de jóvenes pastores enamorados. La fuente de la Gallina y las dos Cariátides del jardín público. Entre otras muchas.





De BARRAGE MARÈGES a BORT



Hacia una tarde espectacular, soleada y cristalina, conducía por una ruta donde el sol desaparecía durante largos minutos cubierto por las copas de los árboles y llegué a la siguiente parada "Belvédère de Marèges". En el panorama me encontré rodeado por todo un espectáculo de la naturaleza donde la presa, del mismo nombre, estaba enmarcada por el fuerte resplandor del sol.

Desde 1935 el Dordogne ya no es un río tumultuoso que fluye al pie de Saint Nazaire (anterior descripción de punto panorámico), sino las tranquilas aguas de un lago de 15 Km de longitud. La presa de Marèges es la más antigua de una serie de cinco presas construidas en el alto valle del Dordoña (tres en la frontera Cantal-Corrèze y dos en Corrèze), construidas entre 1932 y 1935. Tiene 90 metros de altura (en su época siendo la presa más alta de Francia), fue la primera presa de arco de doble curvatura de Europa y la primera del mundo dotada de un aliviadero en forma de salto de esquí.

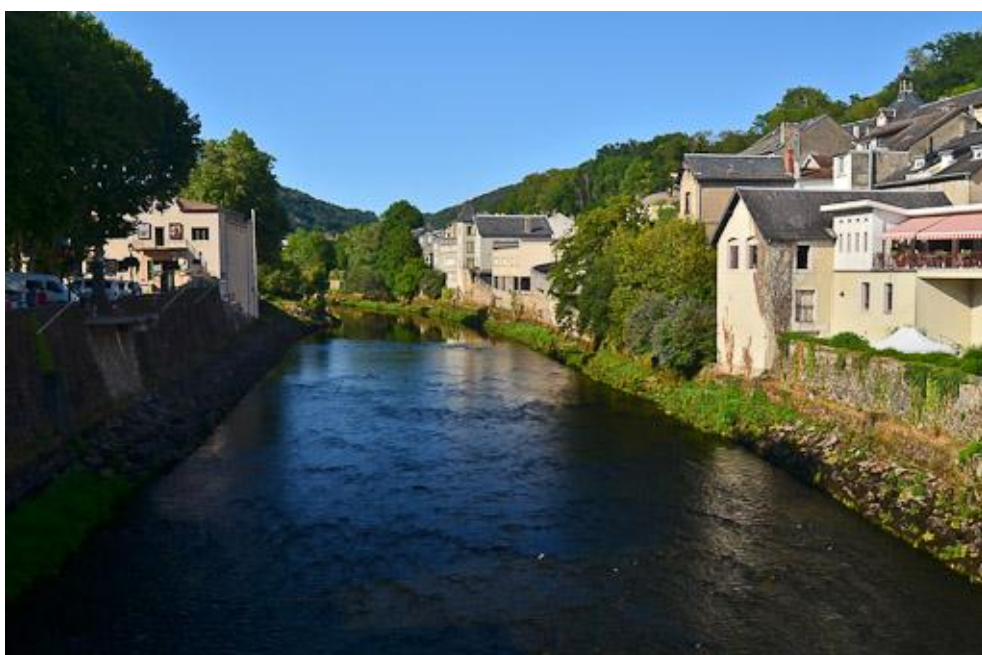




La tarde avanzaba y con ella aumentaba el bochorno. Marché a la población de Bort les Orgues para pasar la noche en un área de autocaravanas, y al lado de un susurrante arroyo que me proporcionó un gran frescor a la noche. La carretera recorría la margen izquierda de la Dordogne hasta que apareció el lago a la derecha, un gran manto azul centelleando bajo la luz del sol.

Ahí, sobre la presa, soplaba una brisa suave que traía un aire húmedo y agradable. La población se halla descendiendo al valle del Dordogne, en un lugar discreto pero con el atractivo de la Presa de Bort y el lac de Val. Era esa hora de los cálidos atardeceres del verano y mientras permanecía sentado en un jardín, leyendo un libro, un brillo dorado fue tiñendo las cimas a mi alrededor.

La construcción de las presas vació y aisló el territorio, los pueblos y sus pequeños puentes antiguos quedaron sumergidos bajo las aguas dificultando el acceso al río. Las laderas de las gargantas son muy empinadas, de difícil acceso y abandonadas al bosque. Dentro de este contexto, la única zona realmente habitada y ocupada a orillas del Alto Dordogne se sitúa en torno a Bort les Orgues. El embalse de la presa de Bort, de 23 km de longitud, es el mayor embalse francés para una presa de hormigón con sus 120 metros de altura. Las obras iniciadas en 1942 finalizaron diez años después.



BELVÉDÈRE DE GRATTE-BRUYÈRE



Reanudé el camino en una espléndida mañana, en la que un sol rabioso calentaba con fuerza. La carretera, aguas abajo de Bort que me llevaba a la población de Sérandon, parecía más una serpiente que se retorcía sin previo aviso y sobre mi cabeza se extendía la verde cúpula de ramas y hojas. Pasado Sérandon busqué la señal de panorama "Gratte Bruyère" y estacioné en un aparcamiento, de una zona de picnic, para disfrutar de uno de los panoramas más grandiosos de las Gorges de la Dordogne.

El Belvédère, situado entre las presas de Marèges y Aigle, ofrece una magnífica vista de las gargantas entre confluencia de los ríos Dordogne y la Sumène y del embalse de Aigle. Se domina desde este punto, de forma vertiginosa, el fondo de las Gargantas con los serpenteantes valles y circos excavados por los ríos y las laderas densamente arboladas. Una mesa de orientación me permitía comprender un paisaje hasta donde alcanza la vista, al tiempo que observaba a unas aves rapaces volando sobre los bosques y el agua.



PONT DE ST-PROJET



Del Belvédère de Gratte-Bruyère conducía despacio, en una ruta cada vez mas solitaria, por una carretera tallada en el flanco de la roca, "la route des Ajustants", ofreciendo unas bellas vistas del embalse de la Dordogne y gozando del día soleado que la brisa de la represa mantenía agradable.

El Pont de St-Projet creaba un sitio majestuoso, alzado en un profuso bosque, en el corazón del bosque y con vistas al Dordogne. Me detuve en el mismo puente, por ahí no pasaba ningún vehículo, y desde el mismo puente colgante contemplaba el panorama de una vasta extensión inamovible que centelleaba reflejando el cielo con colores azulados de la gran retención de agua del embalse de Aigle. El silencio rodeaba aquel paisaje idílico, el bosque está tranquilo, era como si la tierra y el agua absorbiera todos los sonidos.





BARRAGE DE L'AIGLE



Desde el puente colgante de Saint-Projet la silenciosa carretera continuaba por la retención de la gran masa de agua del Dordogne hasta llegar a otro de los centinelas que vigilan las gargantas del río, creando un sitio majestuoso encaramado en medio de una exuberante vegetación.

La presa de Aigle se distingue por la originalidad de su arquitectura con sus dobles aliviaderos y sus impresionantes dimensiones: 290 m de largo y 90 m de alto, siendo la más potente de la cuenca del Dordogne. Desde un mirador se admiraba de forma vertiginosa el horizonte del valle inferior de la Dordogne.

La presa "Aigle" también recibe el sobrenombre de "la presa de la resistencia" ya que su construcción de 1935 a 1945 fue deliberadamente retrasada por la organización de resistencia del Ejército del Cantal, durante la Guerra Mundial, para no dar acceso a energía al ocupante Alemán.





Después de la guerra española contra el alzamiento militar, miles de españoles huyeron a Francia siendo encerrados en campos. Una de las soluciones que el gobierno francés encontró para aquellos refugiados provenientes del "ejército de las alpargatas", como se les describía despectivamente, fue la de integrarlos en Grupos de Trabajadores Extranjeros y ponerlos a trabajar en actividades referentes a apoyar las instalaciones bélicas para la guerra contra Alemania. Otros se integraron en la Legión Extranjera, participando posteriormente en la lucha en África y consecutivamente en el desembarco de Normandía. Algunos estructurados en organización española "la novena", la vanguardia del ejército Francés que libró París, Strasburgo y conquistando el famoso "nido del águila".

Los trabajadores que se incorporaron a obras en la Línea Maginot fueron capturados por los Alemanes en la derrota francesa y enviados a Mathausen. En la frontera entre el Cantal y la Corrèze se establecieron otros Grupos de Trabajadores. Se calcula que en 1942 había unos 600 españoles trabajando en la presa, pertenecientes a todos los partidos y sindicatos españoles, aunque con una mayoría libertaria.

Unos primeros grupos, aún no muy organizados, empezaron con los sabotajes a finales de 1941 pero pronto se animaron las cosas. A mediados de 1942 los maquis dirigidos por Manuel Barbosa, quienes operaban por la zona cercana a Mauriac, ya se dedicaban sobre todo a voladuras y sabotajes, como los de dos importantes puentes sobre el río Dordogne. Tanto este grupo, como los que se van a formar los siguientes meses en otras zonas, estarán constituidos sobre todo por libertarios provenientes de la "Barrage de l'Aigle" y se integraron en la Organisation de Resistance de l'Armée actuando bajo el mando francés.

Dando por terminada su fase de actuación el 31 de octubre de 1944 con la creación de la fuerzas francesas del interior, los grupos españoles acabaron integrados en el Batallón Didier atacando a las distintas columnas alemanas, centrales de telecomunicaciones, columnas de suministros y participando finalmente en la liberación de distintas localidades de los departamentos del Cantal y la Corrèze y desfilando por las calles bajo banderas rojinegras mientras entonaban a coro el himno anarquista de "Los hijos del pueblo".

AYNES



Era la primera hora de la tarde y otro día de un sol abrasador, sin nubes, otro más de una sucesión que parecía interminable. Desde la presa de l'Aigle bajaba la carretera a una desconcertante población. Bordeando la hermosa orilla del Dordogne resultaba fascinante aquella visión ordenada de un breve conjunto de edificios compuesto por construcciones despejadas, componiendo un conjunto pintoresco que armonizaba muy bien con el paisaje.

Bajo el sol reinaba una serenidad absoluta, silencio, ahí no había nadie, ni se movía nada. Postigos cerrados, ningún comercio, tampoco vehículos. Algunas casonas, diferentes pero similares, con jardines, arboles y prados las bordeaban y detrás de ellos se extendían unas praderas con amapolas rojas hasta la linde de un bosquecillo. Las carreteras, entre las casas, eran poco más que una pista asfaltada entre brezos y flores silvestres. Parecía un pueblo fantasma muy bien conservado.





El pueblo de Aynes nació en el momento de la construcción de las presas. En un ejemplo de planificación urbana, ligada a la construcción de la presa y para alojar a trabajadores de la presa, se edificaron (alrededor de algunos graneros existentes y de una antigua capilla) un conjunto disperso de casas, con una arquitectura preciosa con piedras oscuras de granito y argamasa blanca de techos inclinados.





AURIAC



Bajaba por una carretera, que trascurría paralela a la Dordogne, bajo un sol que atravesaba el valle transportando el olor de las flores y los campos en un entorno preservado, natural y con paisajes de gran belleza en una región verde y de agua.

Aurillac, próxima a Aynes, conservaba su arquitectura tradicional formado por casas con sus piedras ocre de varios colores y sus característicos tejados muy inclinados, ofreciendo un encanto especial y una atmosfera serena y tranquila. La luz de la tarde calentaba de aquel modo que parecía ralentizar el tiempo. Y siendo otra población en la que nada se movía.





En cuanto entré en la ciudad, calles y más calles vistosas con sus elegantes fachadas me condujeron a una floreada explanada de césped quemado por el sol, desde la que disfrutaba de una vista mágica de su adorable y antiguo caserío. Al fondo asomaba la torre de la parroquia, una iglesia de estilo románico muy característico y de aspecto fortificado. De hecho es la antigua iglesia del priorato dependiente de los benedictinos de Aurillac, de cuya construcción original se conserva parte del campanario y el techo que remplazó la antigua parte superior de la torre defensiva.

Estaba en el corazón de la región natural de Xaintrie, ondulada y verde, enclavada entre el valle del Dordogne y los montes de Auvernia. Habitada desde tiempos prehistóricos, Auriac se desarrolló en la Edad Media con la fundación en el siglo XII de la abadía cisterciense de Valette , de la que solo quedan algunos vestigios, la mayoría de los edificios quedaron sumergidos durante la construcción de la presa de Chastang, en 1951, aguas abajo del Dordogne.









LA ROCHE-CANILLAC



Proseguía descendiendo por el Vallée de la Dordogne, en una tarde soleada y calurosa, no se veía ni una sola nube en aquel luminoso horizonte. Era otra tarde esplendida de verano. Conducía entre paisajes atractivos con colinas boscosas, setos y campos abiertos con complejos de granjas reformadas rodeadas de bucólicos pastos.

En el Pont Chambon estacioné para observar aquella masa de agua retenida por la presa de Chastang. El agua próxima estaba silenciosa y ofrecía una tranquila vista bajo el sol. Vadeando el Dordogne me dirigía por una zona de agua y bosque, atravesando un valle donde antiguos castaños, hayas, robles y plantaciones de coníferas salpicaban el paisaje.







Las pintorescas gargantas del Doustre, que dominan el valle con sus laderas boscosas, formó las empinadas laderas sobre las que se construyó la parte medieval del pueblo Roche Basse creando un sito majestuoso encaramado en una exuberante vegetación. El único aparcamiento posible se hallaba detrás de la iglesia, al lado del jardín y con mesas de picnic.

Fue un descubrimiento, el lugar me suscitaba una insólita curiosidad y quedé cautivado por su sorprendente arquitectura. Caminaba al azar por un manto de tranquilos callejones estrechos y pequeñas viviendas fosilizadas, permanecidas inalteradas desde hacía siglos. Subía por angostas calles construidas en gradas admirando los tiestos y las urnas de arcilla de diferentes tamaños, todos llenos de alegres geranios multicolores. El pueblo permanecía en un plácido silencio, me agradaba aquel silencio, pero las calles siempre recuerdan las voces de quienes las han habitado.





Esta pequeña población, rodeada por el meandro del río Doustre, se divide en dos partes: la Roche-Haute, construida en la meseta, y la Roche Basse, enclavada en la ladera 50 m más abajo. Está atravesada por estrechos senderos llamados "corrijoux", que permitían el acceso a las terrazas destinadas a los cultivos y la conexión entre las casas. Los castaños del "fruto del pan", de los antiguos agricultores, ocupaban estos caminos y las parcelas campesinas.

La sillería de granito, a menudo con piedras reutilizadas de otras más antiguas o del desmantelado castillo, recubrían sus fachadas y lajas de pizarra de canteras de la región que conformaban unos tejados tan especiales, como de película de cuentos. El agua también marcaba el recorrido histórico a través de sus numerosas fuentes delicadamente decoradas en bronce, pozos y numerosos lavaderos cubiertos con tejados de pizarra.







En La Roche-Basse las casas se agrupan en un plan concéntrico alrededor la Tour de Canillac, impresionante vestigio del castillo fortificado del s.10. Abandonado en el s.12, reconstruido unos años mas tarde y destruido nuevamente durante la revolución. La torre actual fue reconstruida en 1867 según las directivas de Violet le Duc. Arquitecto en la restauración monárquica que se dedicó en volver a su esplendor edificaciones carismáticas de Francia: Notre Dame de París, Carcassone, etc.

En la Place de la Iglesia de San Mauro pude contemplar elementos arquitectónicos únicos. La iglesia, con huellas del s.12, fue reconstruida en el s.14. El exterior cuenta con un campanario de muro, característico de la región, con cuatro vanos para 3 campanas. El portal, del s.14, estaba formado por varios arcos apuntados y a cada lado del edificio las cornisas mostraban numerosos medallones románicos representando figuras humanas o animales.

En cuanto a los edificios cercanos a la iglesia, son restos del priorato y del castillo levantado en el s.12. Maison de la Cruz Blance, antiguo relevo de diligencias de 1689. La Maison du Prior, llamada Le Moustier, tiene una torre del s.16. La Maison Lafond de St Mûr construida en el lugar del antiguo castillo y perteneciente al barón del mismo nombre, importante político del Segundo Imperio bajo Napoleón III.







El sol empezaba a deslizarse cielo abajo y el calor se acumulaba en una tarde bochornosa, no había aire, el termómetro externo de la autocaravana me indicaba próximo a los 40 grados. La carretera está desierta, apenas algún que otro grupo de vacas y ovejas que pastan en los campos.

La margen derecha de la Dordogne descendía tortuosamente a través de pequeños pueblos y granjas, bosques densos, colinas y valles que formaban afluentes del Dordogne. Un mundo que aun parecía casi salvaje. Divisé, con alivio, que en el área de autocaravanas de Beaulieu sur Dordogne había un sitio libre al lado del refrescante río, olía a tierra húmeda y a hierba. En el cielo azul, de tarjeta de postal, brillaba el cálido sol del 30 de Julio.

Sobre un césped recortado y seco gocé del paseo y de la tarde soleada que la brisa del Dordogne mantenía agradable. La orilla era una gran franja vercosa de campos y ahí tumbado, con los pies en el agua, el dorado de poniente cambió a rosa y la luz empezó a difuminarse, volviendo los campos de un gris verdoso e incorpóreo. Fue el momento en el que me sobrevino la gran calma que siempre me sobreviene cuando algo me gusta mucho, la relajación del un final de viaje placentero.







Con frecuencia me sorprendo reviviendo cada instante de los viajes y dándole vueltas a los recuerdos diseminados. Los recuerdos son algo maravilloso, nadie puede estropearlos, están bien guardados en la mente y puedo sacarlos a voluntad cuando quiera repasarlos. Excitan emociones gratas y placenteras, emociones que luego siento de menos, y que busco de nuevo porque ejercen en mi una fascinación natural ya contribuyen físicamente a mi felicidad.

Ion Ibáñez, relato publicado en 2024

